

Parte I: “Sueños y decisiones”

1. Luces en el Horizonte

Tokio no dormía. Nunca lo hacía.

Pero Hiro había aprendido a hacerlo en medio del ruido.

En su estudio del barrio de Nakano, suspendido entre bloques grises y balcones enmudecidos, Hiro sentía cómo la noche descendía como una manta húmeda sobre el hormigón. Afuera, el barrio parecía contener la respiración: ni la estación cercana ni los pasillos del Broadway, con sus tiendas de manga, anime, idols y coleccionismo, emitían el bullicio de otros tiempos. Las luces seguían ahí, sí, pero la vida se había vuelto más lenta, más opaca. Y en medio de ese silencio contenido, Hiro pintaba recordando cómo sonaba el mundo cuando aún latía con fuerza.

Nakano no era Shibuya ni Shinjuku. No deslumbraba con pantallas gigantes ni devoraba a los caminantes con su velocidad. Era otro ritmo, más denso, más viejo, más humano. Hiro lo conocía bien. Llevaba años viviendo allí, en ese barrio de contrastes suaves, donde los edificios bajos de posguerra se abrazaban a las nuevas torres de hormigón.

A unas pocas calles del estudio, la estación de Nakano se abría como una arteria viva, cruzada por adolescentes con bolsos escolares, salarymen adormecidos y ancianos que caminaban con lentitud, cargando bolsas del supermercado Seiyu. En días normales, el paso elevado vibraba con las pisadas constantes y el murmullo de conversaciones. Un latido subterráneo. Pero en los primeros días de diciembre de 2020, ese murmullo había sido reemplazado por el silencio incómodo de las mascarillas y la distancia. Las luces seguían encendidas, sí, pero algo se había apagado en los ojos de la gente.

El apartamento donde vivía y trabajaba estaba dividido, respondiendo a dos naturalezas distintas. La zona de vida —el tatami, la mesa baja de madera clara, el futón perfectamente doblado en un rincón— era un refugio minimalista. Apenas unos pocos objetos, todos elegidos con cuidado: un libro de Séneca, una tetera de hierro fundido, un ramo seco de eucalipto colgado. El espacio respiraba silencio, esperando algo que nunca llegaba.

Pero bastaba con cruzar una puerta corredera para que todo cambiara. En el estudio, el orden se deshacía. Tubos de óleo abiertos, pinceles pegajosos, trapos endurecidos por capas de pintura vieja, bocetos desordenados cubriendo la pared.

Hiro, a sus 32 años recién cumplidos, convivía con esa contradicción sin oponer resistencia. A veces pensaba que su apartamento era el reflejo de algo más profundo: una vida dividida. Su mundo exterior, el que mostraba con voz serena y pasos medidos, y el otro, el que apenas entendía, desbordado de impulsos, dudas y formas que no lograba nombrar.

Había días en que se sorprendía frente al espejo, preguntándose cuál de los dos era el verdadero. Pero luego volvía al lienzo y se perdía en él. La respuesta, de existir, sólo podría encontrarse entre las manchas de color que se resistían a tomar forma.

El lienzo frente a él estaba casi terminado: una figura humana desdibujada por la lluvia. Era lo más parecido a un autorretrato que Hiro podía permitirse.

A veces pensaba en aquella frase que había leído alguna vez —quizá en una entrevista, quizá en un libro mal traducido—: *“Pinto para no pensar.”* No recordaba quién lo dijo, pero lo entendía con una claridad brutal. Pintar no era una distracción para él, sino una forma de no dejarse arrastrar por las preguntas que no tenían respuesta. Un modo de seguir respirando cuando todo lo demás parecía haberse detenido.

Fuera, el cielo comenzaba a llenarse de estrellas. O eso creyó al principio. El sonido de alguna ambulancia en la lejanía. Ningún rumor en las calles.

Encendió un cigarro. Volvió a fumar el día que Yumi partió. Desde su ventana, se divisaba una porción apretada del cielo entre edificios.

Echaba de menos el latido, cual corazón eléctrico, de la ciudad. Los faroles reflejando su color amarillo en el asfalto mojado, y las siluetas de los transeúntes, multiplicadas en los escaparates, pareciendo fantasmas con prisa. Hiro adoraba esa densidad. El ruido, el hormigón, la velocidad. Era en ese caos donde encontraba una forma extraña de equilibrio, de la misma manera que su respiración sólo podía acompasarse al temblor de un semáforo cambiando o al rugido lejano del metro. Ojalá regresemos pronto a la normalidad, se dijo pausadamente.

No entendía el gusto de Yumi por los árboles, ni su manía de tocar las hojas. ¿Acaso podían decirle algo?, se preguntaba. A él, la naturaleza le provocaba rechazo. Era alérgico al polen y al romanticismo que solía acompañarlo. No soportaba la fragilidad impostada de los campos de flores ni el silencio húmedo de los bosques. Le parecía que todo eso tenía algo de mentira. Lo suyo era la ciudad: la geometría de los cables, la poesía de los carteles publicitarios en decadencia, la verdad cruda del hormigón que no pretendía ser más de lo que era.

Tal vez por eso discutían tanto en primavera.

Desde aquella ventana, recordaba el alma de Tokio, imperfecta, ruidosa, imposible de abrazar, pero profundamente suya. Yumi, en cambio, siempre hablaba de volver al norte, de perderse entre lagos. Hiro callaba. Sabía que no podía seguir huyendo eternamente del verde. Pero por ahora, desde ese rincón suspendido de la ciudad, podía fingir que el mundo era todo edificios y luz artificial. Y eso era suficiente.

Y entonces las vio.

Tres puntos brillantes, suspendidos en línea oblicua. No parpadeaban a modo de aviones. Tampoco se movían al estilo de los satélites. Eran... otra cosa.

—Otra ilusión óptica —murmuró para sí.

Pero no pudo apartar la mirada.

El pincel, olvidado en su mano, comenzó a gotear pintura negra sobre el suelo. Hiro no se dio cuenta hasta que la mancha tocó su pie descalzo.

Apagó el cigarro con los dedos y volvió a mirar hacia el cielo. Las luces seguían allí. Inmutables.

Sostuvo la mirada varios minutos. Tal vez horas. El tiempo era un animal difícil de domar cuando uno vivía solo.

Desde la ruptura con Yumi, con la que compartió piso durante cinco años, su vida había tomado la forma de un ritual silencioso. Pintaba por las mañanas y pensaba en ella por las noches. Siempre en ese orden. Nunca al revés. A menudo pensaba: ¿por qué tan poco tiempo para conocerla y tanto tiempo para olvidarla? Las palabras que le dedicó cuando fue a despedirla al aeropuerto todavía resuenan en sus oídos como puñales clavándose en sus neuronas.

—“Nada me haría más feliz que hacerte feliz a ti” — susurró con ese tic nervioso que la delataba. Se colocaba el pelo detrás de la oreja.

Lo peor no era la ausencia, sino la posibilidad remota —pero real— de que no volvieran a encontrarse. Porque si Yumi fue su paz, ¿quién sería Hiro sin ella?

Pero el amor... el amor es otra cosa.

A veces, en esas noches de insomnio los pensamientos son cajas mal apiladas. Hiro se preguntaba si realmente la había amado o si sólo se había aferrado a ella para no caerse.

Yumi tenía esa habilidad de ocupar todo el espacio sin decir una sola palabra. Era luz, pero también sombra. Calma y vértigo. Y Hiro, que siempre había sido un hombre partido, se sintió completo mientras duró el espejismo.

Tal vez por eso dolía tanto ahora.

O tal vez no dolía por ella, sino por lo que él había proyectado en ella. Esa diferencia —pequeña, casi invisible— era suficiente para cambiarlo todo. Porque si no la había amado de verdad, entonces ¿qué quedaba? ¿Qué era todo eso que arrastraba a la manera de una manta mojada noche tras noche?

A veces pensaba que Yumi era sólo el nombre que le había dado a su miedo a estar solo.

Pero luego la recordaba sonriendo desde la cocina, con el pelo alborotado y una taza en la mano, y volvía a dudar.

Hiro amaba hacer el amor con Yumi.

No era solo deseo. Era un idioma que hablaban a solas, lejos del mundo, en un rincón secreto del tiempo. Allí donde las palabras estorbaban, sus cuerpos se entendían sin esfuerzo.

A veces, cerrando los ojos, aún podía sentir el roce de su piel tibia, el ritmo pausado de su respiración cuando se quedaba dormida abrazada a su pecho. La belleza de Yumi no era ruidosa ni buscada; era de esas que se revelan con lentitud, una flor que solo abre sus pétalos de noche.

La línea de su cuello, la forma en que fruncía el ceño cuando se concentraba, las pecas casi invisibles en sus hombros... Hiro podía pintar su cuerpo de memoria, pero nunca lo hacía. Era demasiado íntimo. Demasiado sagrado.

Ahora, en las madrugadas donde todo parecía deslavado, ese recuerdo era lo que más dolía. No la ausencia. No la separación. Sino esa certeza brutal de que jamás volvería a tocarla como la primera vez.

Porque la duda, pensaba Hiro, es lo único que permanece cuando todo lo demás se va.

Ella había cruzado el continente rumbo a París, persiguiendo una carrera brillante que no admitía paréntesis. Él se había quedado en Tokio, tratando de convencerse de que el pasado no se arregla regresando a él, sino caminando hacia adelante.

La amaba, claro. O eso se repetía a sí mismo en voz baja, como un mantra al borde de la duda. Durante años, Yumi había sido algo más que una pareja: fue su refugio, su ancla, el único punto de quietud en una vida marcada por el desconcierto. Con ella, el ruido interior amainaba. Su voz —serena, precisa, sin juicio— lograba silenciar esos pensamientos oscuros que lo habían acompañado desde niño. Su forma de mirar el mundo le enseñó algo que jamás había comprendido del todo: que incluso en lo roto, había belleza. Ella lo obligaba a ver. A detenerse. A sentir. Sin sus silencios, Hiro nunca habría aprendido a traducir sus emociones en color.

Y ahora que no estaba, el vacío no era solo físico: era como si el lenguaje que había aprendido junto a ella se hubiera extinguido. ¿Cómo seguir pintando sin esa brújula? ¿Cómo volver a vivir sin ella?

Pero esas luces —tres, fijas, observando desde otro plano— le dijeron algo que aún no sabía traducir. No eran bellas. No eran aterradoras.

Eran... una interrupción.

Esa noche, por primera vez en mucho tiempo, Hiro no terminó el cuadro.

Encendió su vieja cámara de vídeo —una reliquia de mercadillo— y apuntó al cielo. Las luces quedaron registradas con una nitidez que no esperaba. Revisó el metraje. Rebobinó. Reprodujo en cámara lenta.

Al ampliar la imagen, notó un destello breve entre dos de los puntos. Un parpadeo involuntario.

—Esto no es casual —se dijo.

Y en ese momento, sin saber muy bien por qué, comenzó a tomar notas. ¿Podría alguien, algún día, necesitar un testimonio?

Quizá él mismo.

Porque hay noches, pensó, en las que el cielo se abre sin pedir permiso. Y lo que entra por esa grieta —sea un recuerdo, una señal, o algo más— lo cambia todo sin hacer ruido.

Hiro miró el reloj. Marcaba las 3:08 de la madrugada.

Sonrió.

El número le parecía importante, aunque no supiera por qué.